

GRAN CANARIA: CONTINENTE EN MINIATURA

Cuando se habla por primera vez con un canario, tenéis la impresión de dialogar con un hombre herético, concentrado y glacial, que diríase se encuentra ausente. Pero cuando os ha analizado, cuando os ha dado el visto bueno, cuando ya no sís tinieblas para él, su corazón se abre con la generosidad de las bergamotas, esas flores canarias que se cierran para la oscuridad de la noche y sólo se abren para la luz del sol. El hombre canario no os da su amistad hasta que os comprende, hasta que recibe los primeros rayos de vuestra sinceridad y de vuestro afecto.

Y con la isla de Gran Canaria os sucede algo parecido. Cuando desembarcáis, en el primer contacto os sobrecogen aquellas gigantescas montañas del Puerto de La Luz, con fugosidades y jorobas, dándoos la impresión de dromedarios que abrevan su sed en la bahía, después de haber hecho una gran jornada en el desierto. Diríase que la isla quiere probar vuestra fe de viajeros. "¿Vuestro espíritu es más fuerte que estas peladas y gigantescas montañas? Pues entonces os abriré mis puertas." Y ante los ojos alucinados del visitante, va pasando esa maravillosa ciudad que es Las Palmas, con su desfile de airosas palmeras, con sus lindos chalets blancos como los ampos de la nieve, con sus plazas silenciosas y recoletas exornadas de bisecos y con sus tropicales muros tapizados de cactus y de buganvillas.

Y si penetráis en el paisaje, veréis que todo él tiene dimensiones de gigante. Se batan todos los records de altura con las montañas de Tejada; de profundidad, con la Caldera de Bandama; de desiertos, con los arenales de Maspalomas; de oasis, con los jardines de Telde, Santa Brígida, Arucas...; de abismos, con los desfiladeros de Meyra, Tejada y Tijajana. La isla entera es un muestrario de paisajes.

Los más exquisitos trotamundos pueden encontrar allí un panorama a la medida para cada estado de su ánimo, para cada instante de su inquietud. Unos montes que le sientan bien a su espíritu, unas flores que compaginen con su temperamento. Gran Canaria es un "continente en miniatura". Sus volcanes no se han repetido, no han "editado" dos valles iguales, ni dos montañas gemelas. Y siguen alumbrando nuevos mundos, superándose, perfeccionándose, corri-

giendo el estilo del paisaje que van dibujando con el pincel ardoroso de su lava.

¿Quién ha dicho que Canarias deprime? Si alguien quiere hacer una cura de dinamismo espiritual, que vaya a Canarias. Podrá el cuerpo sentirse reacto a ponerse en contacto con la eterna primavera, pero el espíritu se tornará más vivaz que en parte alguna. El paisaje tiene todos los reactivos que nos pueden dar las estaciones. Está en renovación continua. Los escarnarios de los valles y de las montañas renuevan sus flores cada día, y a una generación de rosas blancas sucede otra de rosas amarillas.

En Canarias no se puede hablar de ancianos: Envejecen los cuerpos, se arrugan las pieles, pero los espíritus se conservan juveniles. Ya que los canarios tienen una niñez tan breve, al llegar a una edad avanzada diríase que se les da una infancia de suplemento. Cada anciano en Canarias parece que es mira con los ojos de su nieto. Es posible

que esto sea privilegio de las Islas, porque en Mallorca sucede igual.

¿Habéis observado qué juventud y qué ingenuidad hay en los ojos de las viejas mallorquinas? Parece que acaban de estrenarlos; diríase que se asoman al mundo por primera vez.

El paisaje canario es un paisaje que nos sugiere algo, que nos habla al alma.



Durante el Siglo XVI los habitantes de Las Palmas sintieron el deseo de construir una Catedral digna de su futura importancia.